

destino. Al encontrarse en el claustro, léjos del mundo, separado de la familia, no quiso que el sacrificio fuese á medias, lo aceptó por entero, y lo consumó como el suicida que para siempre se despide, en supremo arrebató y en exaltación suprema, de la vida y de sus encantos. Así, al verle el primero en los oficios, el último en recogerse, enflaquecido por el ayuno, macerado por la penitencia, cubierto el rostro con las sombras de la capucha, envuelto el cuerpo en la mortaja del sayal, los ojos brillando á la luz de una inspiración extraña, los labios movidos por una plegaria continua, pálido como la muerte, trágico como la desesperación, abstraído y separado del mundo como un ideal místico, hubiéraislo tomado, no por un sér real que amara cual aman los mortales, que siguiera profesiones útiles y estudios prácticos, que pasara largo tiempo en la sociedad y entre las gentes; sino como un espíritu puro, especie de sombra sobrenatural y extraña, ida de la tierra á la eternidad ó vuelta de la eternidad á la tierra.

## CAPÍTULO II

### INFLUENCIAS SOCIALES EN EL ÁNIMO DE SAVONAROLA

Equivocaríase grandemente quien creyera á este, al monje dominico del siglo décimoquinto, un asceta. Desde las alturas de su misticismo gústale desprenderse y lanzarse al mar agitado de la vida social. Naturaleza múltiple la suya, como las espléndidas naturalezas meridionales, reúne al pensamiento la acción. No cree Savonarola que las ideas deban quedar allá por la cima de las abstracciones purísimas en estéril virginidad; las quiere fecundas en bienes y trascendentes á las sociedades humanas y á su perfección. De nada serviría, en su concepto, que las almas se reformasen, si de esta reforma no surgiese un mundo mejor. La corrupción universal y sus estragos le han movido á encerrarse en el claustro, no solo para orar, sino también para combatir. Permaneciendo de hinojos al pié de los altares, salvaríase egoístamente á sí mismo y no salvaría á los suyos. Hombres como él, necesitan dar sus ideas en comunión á las gentes para enaltecerlas y luego repartirlas á pedazos su corazón para enseñarlas cómo se debe amar en el mundo. Al asceta que ora se une el apóstol que habla, y al apóstol que habla el legislador que reforma, y al legislador que reforma el mártir que combate. Pareceríale indigno tener la verdad para su propio regalo, sin compartirla con cuantos le rodearan, y al compartirla, sin hacer de suerte que se repartiera, como el calor de nuestra sangre por todo el cuerpo, por todos los extremos de la sociedad. Así el místico, el penitente, el asceta, el monje, el solitario se convierte por estos impulsos de su voluntad y por estas ideas de su mente en el tribuno, en el reformador,

en el estadista, que mas ha de combatir en el mundo y que mayor y mas soberano influjo ha de ejercer en toda la vida social. Su alma no tiene solamente la luz pura que alumbra y esclarece; tiene tambien el calor que vivifica y anima.

Entendimiento tan claro, complexion tan pura, voluntad tan fuerte, todas las facultades varias de su rica naturaleza debian proponerse para la reforma de las almas un rejuvenecimiento del Evangelio, y para la reforma del mundo un rejuvenecimiento de la República. Sucede en los climas de Italia, como en los climas de Grecia, tal vez á causa de los relieves dados por la luz esplendente así á las ideas como á los objetos, sucede que los pensamientos mas abstrusos se vuelven plásticos y que las sociedades toman á su vez la forma orgánica propia de la inspiracion mas ideal y en armonía y consonancia con el arte nativo de estas brillantísimas regiones. La República brota naturalmente en Italia como brota naturalmente en Grecia. Savonarola, italiano de nacimiento, italiano de genio, italiano de complexion moral, italiano de naturaleza física, debia prestar á la eterna forma de esa estatua griega que se llama Italia, debia prestar á la República el culto propio de su gente y de su raza. Y dentro de la República debia encerrar el espíritu verdaderamente republicano de los Evangelios de Cristo. No hay, no, que dudarlo. La religion del oprimido que consagra una verdadera apoteosis al dolor; que nace entre esclavos anhelosos de emanciparse y redimirse; que proviene de un mártir sacrificado por la tiranía de protervo imperio; que predica la libertad y la igualdad entre los hombres y les muestra como único señor y monarca al Padre celestial; esa religion, por sus dogmas y por sus tendencias, aunque cierto soplo del Asia antigua y ciertas artificiosas argucias de la Roma cesarista hayan querido convertirla en el dogma de las monarquías, queda y quedará eternamente como la religion verdadera de la República y de la democracia en el mundo. Las verdades científicas que se han cuajado luego en amplias instituciones democráticas; que han dictado las leyes en cuya virtud el mundo moderno ha podido sacudir su servidumbre y crear el hombre libre; esas verdades científicas han existido, como en su germen propio, en los sencillos apólogos y apotegmas del Evangelio. Un alma luminosa, un corazon amante, una inteligencia sintética, como el alma y el corazon

y la inteligencia de Savonarola, debian sentir, debian creer, debian pensar que así como el Evangelio conviene á todo sér racional, conviene la República á toda sociedad humana. Y creyente y republicano se dió desde el claustro á predicar las ideas evangélicas para la reforma interior de los individuos y la República democrática y cristiana para la reforma exterior y tangible de la sociedad

Para arraigar mas estos sentimientos en su pecho y estas ideas en su inteligencia, quiso la suerte que Savonarola se criara, no en la capital de una República, en la capital de uno de aquellos principados que tan fácilmente degeneraban en tiránicos. Educado en una corte, estallaba contra la corte por multitud de razones la oposicion natural en el ánimo combatiente y activo de un jóven pensador. Todas estas naturalezas privilegiadas, á quienes dota su buena estrella de inteligencia y de voluntad propias, se rehacen contra los elementos, que debieran corromperlas ó viciarlas, y los combaten con mayor empeño, á medida que sienten mas su poder y su fuerza. El viajero que haya visto Ferrara, indudablemente conservará recuerdo indeleble de aquel su alcázar, tan ligero como el palacio mas aéreo y tan formidable como la mas enorme fortaleza. Sus anchos fosos llenos de agua, sus altas torres adornadas de graciosa crestería, sus espesas paredes semejantes á pesados muros, sus ligeras ventanas de gracioso corte, revelan cómo se mezclaba el lujo y la severidad, el placer y la tiranía, la gracia y la fuerza en las extrañas artes de los tiranuelos de Italia. Para defenderse mejor de tantas asechanzas como á cada paso asaltaban á las monarquías italianas, trocaban los palacios en fortalezas donde los salones de bailes y de orgías se levantaban sobre los calabozos de las noches eternas y de los dolores infernales. Imaginaos lo que seria para el pobre preso en su genmonía, bajo el agua casi de los fosos, en aquellos ataúdes de piedra en que apenas puede penetrar el aire, cegado por la oscuridad, dolorido por la servidumbre, amenazado de tantos animales inmundos, tendido en las húmedas losas y en la podrida paja, el oír allá arriba, desde la soledad de su cárcel y desde el silencio de la noche el eco de las músicas, el movimiento de los bailes, el choque de las copas, la carcajada de los placeres, el rumor de las orgías. No puede darse mas refinamiento de bárbara crueldad que poner sobre un calabozo destinado al tormento y affic-

cion de innumerables infelices el salon lleno de los esplendores de la riqueza y aparejado á todos los desórdenes del placer. Savonarola, en quien las ideas subian del corazon á la cabeza, miraba aquella vivienda de sus príncipes como la imágen fiel de la tiranía alzada sobre las tristezas y los dolores de sus infelices vasallos. Así, un día que sus padres lo llevaron á la corte, al verla con sus basamentos de calabozos, con sus castillos y sus puentes de defensa, con sus torres formidables llenas de ricos salones, con su muchedumbre de cortesanos que doblaban la rodilla y la cabeza y la espina dorsal, como si quisieran hacer olvidar que Dios los habia formado derechos para que estuviesen erguidos y mirasen al cielo de donde baja para todos el calor y la luz, la repugnancia provocada por el espectáculo de la servidumbre cortesana en tal grado poseyó á Savonarola que, al salir de aquellos salones, herido en el corazon y con espesas sombras en la inteligencia, juró no volver jamás al palacio de los reyes, ni mezclarse en asuntos de los cortesanos y de las cortes. Los torreones, los tambores, los adarves, los puentes levadizos, los calabozos sombríos, los salones aparejados para la orgía determinaron mas la irreparable vocacion de Savonarola, sus resoluciones á unir el Evangelio con la República, y á traer una democracia cristiana, que todas las otras influencias ejercidas sobre su tormentosa juventud.

El lujo habia llegado á increíble esplendor en estas ciudades italianas; especialmente allí donde el lujo era como una especie de instrumento de la tiranía y de corrupcion del vasallaje. En Ferrara los Estes, deseosos de conservar la paz con todos sus vecinos y el despotismo sobre la muchedumbre, no acertaban con otro medio de realizar sus deseos que el dispendio en fiestas y en regocijos. El tirano se vestia de oro á guisa de ídolo asiático; envolvía en brocados riquísimos á sus gentes; compraba los caballos de mas precio y los halcones de mas rapacidad; reunia graciosos innumerables como ningun otro potentado de Italia; citaba las damas á danzas sensuales y los caballeros á torneos continuos; gozábese en dar festines y banquetes donde chocaban los labios de los cortesanos con los labios de las señoras como las cristalinas copas de Venecia; restaurándose casi el paganismo antiguo por la voluptuosidad de los goces, por el predominio de los sentidos, por el culto al arte y á la forma, por el completo olvido del espíritu y del espiritualismo cristiano.

Toda Italia caía en esta misma sensualidad: los unos cuentan que las mujeres de Plasencia se gastaban todos sus ahorros en las perlas de sus tocados; los otros que los jóvenes de Florencia necesitaban gastar cuantiosa fortuna en el desmesuramiento de sus mangas; allá en Milan, para forjar espuelas de oro á la alemana, dispendiábase una mina; aquí, en Génova, poníanse los ancianos al cuello arrugado collares de pedrería como las cortesanas y las prostitutas; en Mantua gastóse un Gonzaga durante orgiásticas festividades cincuenta y dos mil libras solo alimentando convidados y cabalgaduras; en Perusa cerrábanse las tiendas durante estos regocijos que á veces duraban octavas enteras; solo para perfumar las aguas con que habian de lavarse los asistentes á una comida pública, arruinábase toda una ciudad; á los Esforzas les costaba un vestido de boda diez ó doce mil ducados; y de esta suerte, la corrupcion en las costumbres y la molicie en la vida, envenenaban á las generaciones italianas y las apercibian al desmayo de la voluntad y de la inteligencia que trae tarde ó temprano consigo siempre una irremediable servidumbre. Jerónimo Savonarola, enamorado de la libertad espiritual, de la democracia religiosa, de la República evangélica, debia sublevarse contra este lujo, que recordaba los tiempos aquellos, en los cuales la Roma republicana, pervertida por la conquista del Asia, trocaba el tosco sayal de Cincinato y de Camilo por los perfumes y por las flores, cuyas venenosas emanaciones trajeron el despotismo cesarista y la pérdida de la sana y robusta libertad antigua. En su odio á todos estos excesos del sensualismo concibió una reaccion extremada, mas allá de lo necesario y de lo justo, porque él, artista, orador de caldeada palabra, amante de la belleza eterna, llegó á sostener ciertas tendencias iconoclastas y á quemar cuadros y estatuas trayendo una relativa parálisis á la virtud y á la fuerza creadora de su inmortal Italia. Pero no hay que extrañarlo, pues no podian producirse las tres grandes ideas que estallaban en el cerebro de aquel hombre, la libertad espiritual, la democracia religiosa, la República evangélica, sino surgiendo en abierta oposicion y en continua lucha con todo cuanto al rededor suyo las ahogaba. Imposible que Sócrates se hubiera juntado al colegio de los sacerdotes idólatras; imposible que Jesucristo se hubiera ido al palacio de los Césares despóticos; imposible que San Francisco de Asís hubiera auxiliado á las águilas y á los lobos del